

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Noviembre de 1936

Núm. 137

Puntos de vista

Dos Congresos

En el Congreso de Escritores de Buenos Aires, celebrado en septiembre, los escritores de todo el mundo aprobaron mociones bien claras de paz. El escritor debe estar al servicio de la paz, tanto como al servicio de la libertad y de la justicia. «Queremos la paz entre los hombres—expresó Romaines en su magistral discurso en la sesión de apertura—porque así nos lo han enseñado exactamente las más grandes voces que han hablado sobre la tierra, desde su origen, sin desmentirse jamás; y porque aun faltándonos esa enseñanza, sería suficiente la experiencia para probarnos que todas las guerras entre los hombres dejan en el suelo, además de las víctimas de carne un gran herido que es el espíritu». Había dicho, además Romaines que cuando la literatura, por una desviación pasajera se pronuncia contra la libertad, se pronuncia en realidad contra sí misma y no tarda en purgar su falta.

En la Conferencia de la Paz, que se celebra también en Buenos Aires—el otro gran acontecimiento de la capital argentina—el Presidente Roosevelt en su discurso de apertura, ante los delegados de todos los países de ambas Américas, decía: «Defendamos la forma democrática de Gobierno, porque ella nos hará obtener una mayor seguridad de vida para nuestros conciudadanos y una igual oportunidad para que prosperen». «La paz, agregaba, procede del espíritu y debe basarse en la fe, en la fe profunda, en la libertad

que es la atmósfera que el alma necesita para proyectarse en indefinidos anhelos de perfección».

Romains no es un conductor de pueblos, pero es un escritor. Roosevelt no es un escritor; es un conductor de pueblos. Pero han coincidido en la suprema inteligencia que confiere la comprensión de los altos deberes del hombre en estas horas caóticas o próximas al caos.

Queremos decir que existen inquietudes que los escritores y los conductores de pueblos, cuando son sinceros, cuando no obedecen a partidismos ciegos, entienden exactamente del mismo modo y hasta puede afirmarse que los expresan con iguales palabras. El Congreso de los P. E. N. Club—a despecho de los que han intentado zaherir aquellas reuniones trascendentales—fué una afirmación rotunda de libertad y de paz. La Conferencia de la Paz, que también tiene sus detractores, es igualmente un Congreso de afirmación de la concepción democrática. Dejará esa huella y hará meditar a los pueblos a fin de hacerles comprender que sólo en un ambiente de libertad fructifican fértiles las disciplinas de la democracia.

La Conferencia de la Paz se celebra, mientras Europa olvida sus deberes para con la humanidad. Envuelta en las nubes tempestuosas de la guerra, sólo vive para defenderse en sus fronteras, acumulando odios destructores sobre los pueblos. Sus presupuestos gravados hasta lo indecible, aplastan la economía general y arrastran a las masas a la desesperación. Roosevelt pronunció palabras proféticas y también palabras de condenación, para esos gobiernos que hacen descansar toda su felicidad o toda su potencialidad en lo más efímero que pueda concebirse: el armamento. Las fronteras de algunos estados no son más que cerros de hierro y cemento. Impiden la libre peregrinación de los hombres, los condenan a recluir, a maldecir de la civilización, los hacen odiarse unos a otros, porque las fronteras que debieran estar abiertas se han clausurado y sólo muestran los puños crispados, los elementos destructores

como supremos argumentos de exasperación. La significación que la Conferencia de la Paz envuelve para el mundo es bien elocuente. América, salvo excepciones, ha mantenido siempre un ambiente de paz. Sus fronteras no son cordones de trincheras y montañas de fuertes. Si existe desconocimiento entre los pueblos más vecinos, ello se debe a la incomprensión de los gobiernos, a la falta de una propaganda efectiva y a la mediocridad casi general de sus agentes diplomáticos. Pero no existe como en Europa, una atmósfera pesada de odios, un recelo continuo y suspicacias nacidas de frotamiento de razas, de orgullos imperialistas o de soberbias de nacionalismos.

El espectáculo que ofrece América, reuniendo por la voz de los delegados de veintiuna naciones, la voz de los pueblos que representan, es consolador. Nacida a la vida independiente en el más férvido sentido de democracia, América ha podido seguir su trayectoria sorteando con felicidad los conflictos entre naciones de un mismo origen. La guerra del Chaco fué, indudablemente, una mancha en la historia americana de los últimos tiempos. Hasta hoy no existe una relación clara de ese conflicto, que arroje luz y haga comprender las causas y orígenes que desencadenaron la guerra, arrojando en la miseria a dos pueblos hermanos. Tal aberración provocó abundantes protestas románticas; mas, el hecho, la realidad no pudieron ser desvirtuados. El Chaco seguirá siendo una incógnita en la historia diplomática y en la historia política de América. Sin embargo, debemos esperar y tener fe en que será esa la última aventura guerrera de este continente. Si la Conferencia de la Paz alcanza el ideal de inscribir como en un trozo de mármol, a perennidad, la determinación de hacer imposibles las guerras entre países americanos y al mismo tiempo, la seguridad de convertir América en el baluarte verdadero de la democracia y de la libertad, se habrá logrado el más alto de los fines y no habrá sobre el mundo una tierra más digna de abrigar a los hombres, a fin de hacerles amable y noble la existencia.

Romains, escritor de los más finos de Francia y Roosevelt, conductor de la más grande democracia del mundo en estos momentos, se han identificado en un pensamiento común. Romains reivindicó para los escritores derechos que los ciegos les niegan y Roosevelt apoyó con su enorme prestigio y con la fuerza moral de un gran país, las declaraciones de un creador de materia artística. Debemos celebrarlo.